

MOISÉS

Vida, enseñanza y significado

Colección Biografías Bíblicas

Samuel Pagán

Editorial CLIE
www.clie.es



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2024 por Samuel Pagán.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.®, Inc.® Usado con permiso

© 2024 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

Moisés. Vida, enseñanza y significado

ISBN: 978-84-19055-60-6
Depósito legal: B 21244-2023
Biografía bíblica
Antiguo Testamento
REL006030

Impreso en Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

Acerca del autor

El Dr. Samuel Pagán, ministro ordenado de la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo), es un reconocido y apreciado biblista puertorriqueño, que ha publicado más de 60 libros y cientos de artículos en torno a temas exegéticos, teológicos, educativos, literarios y pastorales. Además, ha trabajado en la edición y preparación de 5 Biblias de estudio y colaborado en decenas de proyectos de traducción de la Biblia en América Latina, Europa, África, y en el Oriente Medio.

Entre las obras exegéticas y teológicas más conocidas de Samuel, están sus libros sobre Jesús de Nazaret, el rey David, la Biblia hebrea y los Salmos. También ha publicado varios libros y artículos sobre diversos aspectos teológicos y ministeriales en *Don Quijote de La Mancha*; ha editado varias revistas de educación cristiana transformadora; y escribe regularmente sobre temas religiosos, educativos y sociales en diversos periódicos en EUA y AL.

En su trayectoria ministerial, Dr. Pagán ha enseñado y predicado en cientos de países y ciudades alrededor del mundo, ha sido profesor de Biblia, decano académico y presidente de seminarios y universidades en Puerto Rico, Estados Unidos, Europa e Israel, y en la actualidad, es decano de programas hispanos en el *Centro de Estudios Bíblicos de Jerusalén*. Y como profesor de Biblia y decano del Centro, organiza y auspicia anualmente viajes educativos y transformadores a las tierras bíblicas para miles de peregrinos de habla castellana del mundo.

Posee los siguientes grados académicos: Bachillerato en Ingeniería Química de la Universidad de Puerto Rico-Mayagüez, Maestría en Divinidad del Seminario Evangélico de Puerto Rico, Maestría en Teología del Seminario Teológico Princeton, Doctorado en Literatura Hebrea del Seminario Teológico Judío, y Doctorado en Sagrada Teología del Centro para la Educación Teológica de Florida; además, ha hecho estudios postdoctorales en lingüística y antropología en la Universidad de Texas y en geografía bíblica en Tántur, el Centro Avanzado para la Educación Teológica en Jerusalén.

Samuel está casado con la Dra. Nohemí C. Pagán; tienen dos hijos, Samuel (casado con Yasmín), Luis Daniel (casado con Ileana), tres nietos (Samuel Andrés, Ian Gabriel y Mateo Alejandro), y una nieta (Natallie Isabel). Viven alternadamente en Jerusalén y Clermont, Florida.

Agradecimientos

Agradezco la investigación, redacción y publicación de este libro en torno a Moisés a muchas personas y entidades que me han acompañado en mi peregrinar ministerial, académico y familiar. Y entre ellas están las siguientes:

A la Iglesia Cristiana Discípulos de Cristo de Hato Nuevo, Guaynabo, Puerto Rico, que me recibió como pastor joven hace 50 años. ¡Qué mucho aprendí sirviendo a esa congregación!

Al Seminario Evangélico de Puerto Rico, en el cual comencé mis estudios teológicos avanzados, y donde posteriormente serví como decano académico y presidente.

A mis padres y hermanos, con los cuales crecí y aprendí el valor del mensaje de la Biblia y donde por primera vez escuché el nombre de Moisés.

A mis hijos, nueras, nietos y nieta, a quienes quiero transmitir lo que he aprendido de Moisés, que fue un siervo del Señor.

Y a Nohemí, mi esposa, que además de revisar y criticar mis pensamientos y escritos, me acompaña en este peregrinar extraordinario para llegar a la Tierra Prometida.

Muchas gracias.

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PREFACIO	17
Un nuevo libro sobre Moisés	19
Literatura y teología de Moisés	20
Un buen poema sobre Moisés	21
INTRODUCCIÓN	23
El Egipto de los faraones.....	25
Los faraones de Egipto.....	30
El faraón que no había conocido a José.....	32
El Moisés histórico y literario.....	36
CAPÍTULO UNO. Nacimiento y llamado de Moisés	39
El nacimiento de Moisés	41
Entorno familiar de Moisés	42
Moisés en la corte del faraón	44
Moisés huye de Egipto	47
Llamado de Moisés	51
Objeciones finales de Moisés antes de ir al faraón.....	60
CAPÍTULO DOS. Moisés ante el faraón	63
Regreso a Egipto	65
Moisés y Aarón llegan ante el faraón	68
Las plagas de Egipto	73
CAPÍTULO TRES. La Pascua	89
Institución de la Pascua judía.....	91
La salida de Egipto	94
La fecha del éxodo	96
La ruta del éxodo	100

La consagración de los primogénitos hebreos.....	105
La salida de Egipto y el mar Rojo.....	106
El cántico de Moisés y María	109
CAPÍTULO CUATRO. Camino al Sinaí.....	113
Las aguas de Mara.....	115
Dios da maná y codornices al pueblo	117
Agua de la roca en Refidim.....	119
La batalla contra Amalec.....	120
La visita de Jetro a Moisés.....	122
Nombramiento de jueces y apoyo administrativo	123
Signos y enseñanzas	125
CAPÍTULO CINCO. Moisés en el monte Sinaí.....	127
La revelación divina en el monte Sinaí.....	129
El Pacto o Alianza de Dios con los israelitas.....	131
Llegada al monte Sinaí.....	133
Un Dios santo reclama santidad del pueblo	136
CAPÍTULO SEIS. Los Diez Mandamientos	139
El Decálogo	141
La <i>Torah</i> o la Ley	144
Los Diez Mandamientos	145
<i>Primer mandamiento</i>	146
<i>Segundo mandamiento</i>	148
<i>Tercer mandamiento</i>	150
<i>Cuarto mandamiento</i>	151
<i>Quinto mandamiento</i>	153
<i>Sexto mandamiento</i>	155
<i>Séptimo mandamiento</i>	156
<i>Octavo mandamiento</i>	156
<i>Noveno mandamiento</i>	157
<i>Décimo mandamiento</i>	158
CAPÍTULO SIETE. Leyes y revelaciones adicionales a Moisés.....	161
El altar de piedra.....	163
Leyes sobre la esclavitud.....	164

Leyes sobre la violencia	166
Leyes de las restituciones y humanitarias	169
Las tres fiestas anuales	171
El ángel del Señor	174
Moisés y los ancianos en el monte Sinaí	176
CAPÍTULO OCHO. El Tabernáculo de Moisés	181
El Tabernáculo	183
Las ofrendas, el Arca, la mesa y el candelabro para el Tabernáculo	187
Construcción del Tabernáculo, el altar de bronce y el aceite de las lámparas	190
Las vestiduras de los sacerdotes	193
Consagración de Aarón y sus hijos	194
Las ofrendas diarias	197
El altar de incienso	198
La ofrenda por el rescate	200
La fuente de bronce	202
El aceite de la unción y el incienso	203
Llamamiento de Bezalel y Aholiah	204
La celebración del sábado	205
CAPÍTULO NUEVE. La idolatría	207
El becerro de oro	209
Moisés desciende del Sinaí airado	216
El acompañamiento del ángel del Señor	218
La renovación del pacto	221
Resplandor en el rostro de Moisés	224
CAPÍTULO DIEZ. El Tabernáculo	227
Fundamentos para la construcción del Tabernáculo	229
El sábado y las ofrendas	230
Los accesorios del tabernáculo	231
El Tabernáculo	234
La gloria de Dios	237
CAPÍTULO ONCE. Moisés en la Biblia y en la historia	241
Moisés en el Pentateuco	243
Moisés en el Antiguo y Nuevo Testamento	248

Moisés en el Corán	250
Moisés en el arte y la historia	251
Enseñanzas y desafíos.....	253
BIBLIOGRAFÍA	257

Prólogo

Me es causa de gran alegría haber recibido el manuscrito para la publicación del libro “Moisés, vida, enseñanza y significado”, de la autoría de este prolífico escritor como lo es mi colega el Dr. Samuel Pagán. Todavía es de más alegría el que se me haya invitado para prologar esta obra literaria cristiana.

Moisés es para mí uno de esos personajes veterotestamentario que enmarca tesis y antítesis, similitudes y contrariedades con el Mesías Jesús, el cual es visto en los evangelios como el nuevo Moisés. Moisés es proclamador de la ley; Jesús es proclamador de la gracia. Uno recibe los Diez Mandamientos después de 40 días y noches de separación en el monte Sinaí; el otro inicia su ministerio mesiánico después de 40 días de ayuno y oración en el desierto. Uno bajó del monte Sinaí para dar la ley; el otro subió a un monte alto en la Galilea para proclamar el Sermón del Monte con la nueva ley y los nuevos principios del reino espiritual.

En el ministerio mesiánico de Jesús, este comparó lo que Moisés enseñó con lo que él enseñaba. Jesús afirmaba su autoridad mesiánica con el “yo os digo”:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mt 5:21-22).

“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio” (Mt 5:31-32).

“Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del

gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello” (Mt 5:33-36).

Moisés el libertador es el título de uno de mis libros basado en 41 predicaciones, escogidas entre los más de 50 sermones que, durante dos años, desde el púlpito de la Iglesia Pentecostal de Jesucristo de Queens—donde junto a mi esposa, la Dra. Rosa M. Silva, hemos sido pastores por 40 años—prediqué.

En la serie dejé ver las muchas facetas de Moisés. Durante su vida, Moisés lo perdió todo, pero luego lo ganó todo. Muchos pecadores lo tienen todo en el mundo, pero a menos que pierdan todo lo que es del mundo, jamás podrán ganar todo lo que el Señor Jesucristo les quiere dar en el reino de los cielos.

Esos sermones fueron publicados por la editorial Portavoz en el año 2010, en el séptimo volumen de mi serie “Predicando sobre grandes personajes de la Biblia”.

Prologar este libro sobre Moisés, es volver a disfrutar de ese personaje que se levanta erguido sobre la historia, y que arroja mucha luz sobre el ministerio mesiánico de nuestro Señor Jesucristo. Aunque Moisés no pudo entrar a la tierra prometida, muriendo en la cumbre del Pisga en el monte Nebo (Dt 34:1, 5-8); sin embargo, entró a la tierra prometida en su aparición con el profeta Elías en un monte alto de la Galilea:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él” (Mt 17:1-3).

Ahora, me toca ver en este libro “Moisés, vida, enseñanza y significado” del Dr. Samuel Pagán, a un Moisés bajo el escrutinio de un teólogo, un exégeta y un biblista como lo es el exponente de este trabajo. Es una obra de excelencia, un recurso de gran valor para el creyente en general, pero una herramienta para descubrir con más profundidad hermenéutica a uno de los personajes destacados en las tres religiones monoteístas como lo son: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo.

El autor Samuel Pagán, analiza definiciones como los nombres de Egipto, el título “Faraón” que significa “Casa Grande” y la ausencia en las narrativas bíblicas de los nombres de faraones o el nombre del faraón del Éxodo, que nos enseña que eran larguísimos y, por eso, era más factible

acortarlos a “Faraón” o “Casa Grande”. Ubica el éxodo hebreo bajo Tutmosis I, seguido por la época de Ramsés II.

Además, nos enseña sobre la figura de Moisés en un contexto de fe, más que en un contexto histórico donde muchos críticos han cuestionado su existencia real, para verlo como un producto de la imaginación hebrea religiosa. El poema que presenta Lope de Vega sobre Moisés cruzando el mar Rojo es excelente.

El Dr. Pagán analiza términos como los nombres de los padres de Moisés; Gosén con sus ciudades: Pitón, Ramsés o Sucot; Jetro o Reul que significa “Dios es mi pastor o mi amigo”; aclara “ir al pozo” con el sentido de buscar esposa. Y así mediante una combinación lingüística, el autor nos va educando en su enfoque a la Torá.

El autor examina el número de “¡seiscientos mil hombres!” salidos en el éxodo de Egipto, y cómo algunos interpretan que pudo ser unos dos o tres millones con mujeres y niños, lo cual es alarmante y debe entenderse hiperbólicamente. A esas tribus hebreas se suman otros grupos de esclavos.

El Profesor Pagán señala que, en la tradición judía, Hur se menciona como esposo de María, hermana de Moisés y Aarón, pero en el Talmud de Babilonia se cambia a Hur por Caleb. Mantener Moisés las manos levantadas, símbolo de prevalecer la victoria hebrea por parte de Dios, es vista como la manera en que Moisés motivaba a sus guerreros a luchar.

Aprendemos que era en la tienda de reunión donde Moisés se reunía con Dios para conversar, no era en el tabernáculo. Mi amigo Samuel Pagán escribe:

“La tienda de reunión era sencilla, y servía de espacio sagrado para los diálogos entre Dios y Moisés. Existía antes de la construcción del tabernáculo, que estaba en medio de la comunidad, mientras que la tienda estaba un poco separada del pueblo. Al tabernáculo llegaban los sacerdotes para ofrecer los sacrificios ante Dios; y en la tienda de reunión Moisés se presentaba para dialogar con el Señor”.

Por otro lado, “ver a Dios” era estar delante de la presencia de Dios y ver a Dios “cara a cara”, era un nivel de profundidad y de seriedad conversacional.

Moisés hablaba con Dios cara a cara: “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. Y él volvía al

campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éx 33:11).

Jesús fue el rostro de Dios para dar un cara a cara: “Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Jn 14:9).

El Dr. Samuel Pagán presta atención a esos detalles que giran alrededor de la vida de Moisés, buscando su significado y aplicando sus enseñanzas. Un ejemplo es la ordenanza de no encender fuego en el día sábado (Éx 35:1-3), que según el autor de este libro significa:

“La prohibición de encender fuegos en el día de reposo. Posiblemente esa referencia alude a evitar los trabajos de fundición o con metales durante el sábado. Y es la única ocasión que se menciona este detalle en las Escrituras”. Detalles como estos son importantes para el lector de la Biblia.

Estimado colega Samuel, gracias una vez más por haber sacado de tu tiempo para aportar datos exegéticos e históricos sobre la persona de Moisés a la luz de la Torá. Tu aportación será bien recibida por muchos lectores, los que siempre te siguen y esperan tus libros, y aquellos que serán nuevos, pero serán bendecidos con estos escritos sobre “Moisés, vida, enseñanza y significado”.

Dr. Kittim Silva Bermúdez

Obispo general del Concilio Internacional de las Iglesias
Pentecostales de Jesucristo.

Miembro fundador de Radio Visión Cristiana, fue presidente y
actualmente es vicepresidente de la emisora.

Prefacio

*El Señor dijo: “Escuchen lo que voy a decirles:
Cuando un profeta del Señor se levanta entre ustedes,
yo le hablo en visiones y me revelo a él en sueños.*

*Pero esto no ocurre así con mi siervo Moisés,
porque en toda mi casa él es de mi confianza.*

Con él hablo cara a cara, claramente y sin enigmas.

Él contempla la imagen del Señor.

¿Cómo no tienen miedo de murmurar contra mi siervo Moisés?”

Números 12:6-8

Un nuevo libro sobre Moisés

A través de la historia, no han sido pocos los libros que se han escrito sobre Moisés, que es la figura clave en el nacimiento del judaísmo y del pueblo de Israel. Desde el *Moisés* de Filón de Alejandría hace 20 siglos, hasta varios esfuerzos literarios en América Latina, generalmente homiléticos, la figura del legislador clásico del pueblo de Israel se ha estudiado desde diversas vertientes. Y esos esfuerzos investigativos y literarios se fundamentan principalmente en cuatro de los cinco libros de la Torá o Pentateuco: Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. En el resto de la Biblia también se menciona a Moisés, especialmente en referencia a la Ley y al Decálogo.

La importancia de Moisés en la historia no debe subestimarse. Las tres religiones monoteístas del mundo lo invocan como uno de sus líderes por excelencia. Para el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, Moisés es una figura cimera que transmite valores y enseñanzas que están muy cerca del fundamento de esas importantes tradiciones religiosas. En efecto, su vida y enseñanzas representan valores y teologías que han superado los linderos del tiempo y que se transmiten de forma reiterada, de generación en generación, en sinagogas, iglesias y mezquitas en todo el mundo.

Son casi interminables las narraciones y las obras de arte que se inspiran en la vida de Moisés; por ejemplo: el carácter, el nacimiento, las enseñanzas, la familia, el peregrinar por el desierto, la vida en la corte del faraón y su muerte en el monte Nebo. Sus diálogos íntimos con Dios constituyen un componente indispensable para comprender la profundidad de su experiencia religiosa y la amplitud de su mensaje. Esas experiencias de vida constituyen el trasfondo que nos permiten llegar a este importante personaje bíblico para estudiar su vida, comprender sus enseñanzas y evaluar su importancia histórica.

Este nuevo libro tomará en consideración dos componentes importantes para comprender mejor la figura bíblica de Moisés. En primer lugar, evaluaremos el contexto histórico y cultural del Egipto que sirvió de marco a las narraciones bíblicas sobre nuestro personaje. Ese cuadro amplio nos permitirá ubicar a Moisés en el entorno de la corte del faraón. Además, nuestra fuente primaria de investigación serán los relatos bíblicos. Ese material nos permitirá identificar episodios importantes en la vida de Moisés, además de presentar experiencias de vida, teologías y discursos de importancia capital para nuestra comprensión del personaje.

Literatura y teología de Moisés

En nuestro estudio de las Escrituras hebreas, debemos estar conscientes que las narraciones referentes a Moisés se escriben desde la perspectiva de la fe. Un pueblo sometido en Egipto presenta su comprensión de la liberación del cautiverio de las políticas y prácticas inmisericordes del faraón. De importancia capital en esos relatos es que la fuente de la liberación proviene de un Dios extraordinario, que escucha el clamor de su pueblo, ve sus penurias, rechaza su realidad de esclavitud, y decide intervenir para finalizar esas experiencias de cautiverio y servidumbre.

En las narraciones bíblicas ese singular Dios liberador se relaciona directamente con los antepasados del pueblo de Israel, pues es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Y ese mismo Dios, que para los escritores bíblicos es la fuente máxima de autoridad y poder, se revela de forma extraordinaria a Moisés en el desierto de Sinaí, comunica su nombre y lo llama a convertirse en liberador y legislador de su pueblo. De esa forma, los relatos bíblicos presentan la vida y las acciones de Moisés como parte de la historia previa y amplia de la creación y del llamado de Abraham de sus tierras para llegar a la Tierra Prometida.

Nuestro objetivo es estudiar al Moisés de la Biblia, al personaje escritural que recibió la encomienda divina de liberación y se convirtió en figura clave en el desarrollo del monoteísmo. Nuestra meta es, en efecto, analizar con detenimiento los textos bíblicos. Aunque vamos a investigar y estudiar el periodo histórico en el cual las narraciones bíblicas ubican a nuestro singular personaje, la finalidad nuestra va más allá de los detalles históricos asociados a Moisés. Deseamos descubrir, estudiar e interpretar las enseñanzas que se asocian con las enseñanzas del legislador por excelencia de Israel. También vamos a ponderar algunas implicaciones de esas enseñanzas para la sociedad contemporánea, especialmente en el continente americano y, específicamente, en el mundo de habla castellana.

La importancia de Moisés para el siglo XXI no debe subestimarse o ignorarse. Sus enseñanzas sobre la capacidad de dialogar con Dios de manera íntima y sincera, junto a la necesidad de superar los cautiverios físicos, espirituales, emocionales, sociales, económicos y políticos que caracterizan a las sociedades actuales, son necesarias en sociedades que se caracterizan por la subestimación de las personas y el cautiverio de individuos y comunidades que deciden separarse de las mayorías para buscar, descubrir y disfrutar sus identidades y peculiaridades.

Una gran enseñanza referente a Moisés, de acuerdo con el libro de Números, es que su integridad y honestidad le ganaron el aprecio divino, pues hablaba con Dios “cara a cara”, que es una manera literaria de destacar la naturaleza íntima de sus conversaciones con Dios.

Un buen poema sobre Moisés

Y para destacar la importancia de Moisés y su paso por el mar Rojo, tanto en la historia como en la literatura, basta con citar un singular poema de Lope de Vega:

*No es mucho que Israel las aguas corte
del Rubio mar, si va Moisés delante
haciéndole dos muros de diamante,
que a Egipto emboten de la espalda el corte.*

*Ni que el peligro al pescador reporte,
para serlo del barco militante,
que Dios le llama, porque no le espante,
y está en la orilla el sol que alumbra el Norte.*

*Pero que tienda de Domingo el manto
Raimundo, y pase encima el mar profundo,
es fe que ha dado al mismo cielo espanto.*

*Pasad, profeta, ese Jordán segundo;
verán los reyes, que se ciegan tanto
que estima el mar a quien destierra el mundo.*

Introducción

*Pero llegó al poder en Egipto
un nuevo rey que no había conocido a José y dijo a su pueblo:
“¡Cuidado con los israelitas,
que ya son más fuertes y numerosos que nosotros!
Vamos a tener que manejarlos con mucha astucia;
de lo contrario, seguirán aumentando
y, si estalla una guerra, se unirán a nuestros enemigos,
nos combatirán y se irán del país”.*

*Fue así como los egipcios pusieron capataces
para que oprimieran a los israelitas.
Les impusieron trabajos forzados,
tales como los de edificar para el faraón
las ciudades de almacenaje Pitón y Ramsés.*

*Pero cuanto más los oprimían,
más se multiplicaban y se extendían,
de modo que los egipcios llegaron a tenerles miedo;
por eso les imponían trabajos pesados y los trataban con crueldad.
Les amargaban la vida obligándolos a hacer mezcla,
ladrillos y todas las labores del campo.
En todos los trabajos de esclavos que los israelitas realizaban,
los egipcios los trataban con crueldad.*

Éxodo 1:8-14

El Egipto de los faraones

En las narraciones bíblicas, Egipto ha jugado un papel protagonista y fundamental. Y esa importancia se pone de manifiesto no solo en los relatos de liberación de los israelitas del cautiverio de manos del faraón, sino en



Egipto.

las referencias que hacen los escritores al país que provee un buen lugar para responder a los momentos de crisis que vivieron los antepasados de Israel en la antigua Canaán. Además, Egipto fue lugar de refugio de la familia de Jesús, cuando Herodes desarrolló una política de matanza de niños para eliminar la posibilidad del advenimiento del Mesías, el rey de los judíos, según las narraciones evangélicas (Mt 2:16-18).

En la actualidad, Egipto es un país grande, con unas dimensiones de unos 1045 kilómetros de norte a sur y como 885 kilómetros de este a oeste, incluyendo la península del Sinaí. Está ubicado al norte de África y al sur del mar Mediterráneo, y representa una de las civilizaciones más antiguas de la Tierra. El nombre “Egipto” proviene del griego *Aegyptos*. Y su primera capital fue Menfis, que era en la antigüedad un muy importante centro religioso y comercial.

Para los antiguos pobladores de Egipto, el país era identificado con el nombre de *Kemet*, que alude al color oscuro de la tierra en las riberas del río Nilo, que es donde se identifican los primeros asentamientos en la región. Posteriormente, Egipto se identificó como *Misr*, de donde procede Mizraim, que es una expresión genérica para referirse al país y que, actualmente, en ocasiones se utiliza.

El desarrollo político, social y económico de Egipto comenzó alrededor del año 8000 a. C. y prosiguió hasta el 30 a. C. Su cultura era famosa en la antigüedad por los grandes avances en diversas áreas del conocimiento como las artes, la ciencia, la tecnología y la religión. De ese desarrollo integral del país quedan en la actualidad los monumentos que hablan elocuentemente del adelanto amplio de su cultura. Y ese progreso influyó otras civilizaciones mediterráneas como las de Grecia y Roma.

Posiblemente, uno de los factores que hicieron que la cultura egipcia se desarrollara e impactara otros pueblos se puede relacionar con el énfasis que se daba a la experiencia humana y su singularidad. Es importante notar, al estudiar esta particular cultura, que el arte, las grandes construcciones y monumentos, las tumbas y los templos, afirman el desarrollo humano y representan lo que las personas pueden lograr en la vida. Y esta peculiaridad se manifiesta, inclusive, en la comprensión de la muerte y en la presentación de sus ritos funerales.

Para el mundo egipcio la vida terrenal era solo un componente de un peregrinar amplio que tenía repercusiones eternas. Entendían que el alma humana era inmortal y que estaba en el cuerpo solo por una época corta. Al morir, se pensaba que las personas eran juzgadas en un lugar conocido

como el “Salón de la Verdad”, y si la evaluación era positiva, la persona era trasladada al paraíso, conocido como el “Campo de Juncos”, que era una especie de reflejo de la vida en medio de sus realidades humanas. Y una vez llegaba al paraíso, la persona vivía en paz eterna en compañía de sus seres queridos.

Los descubrimientos arqueológicos apuntan a que la historia del desarrollo de Egipto proviene de una época antes de la escritura y los monumentos. Por el año 8000 a. C., la región gozaba de cierta prosperidad agrícola, pero con el tiempo (c. 6000 a. C.) la tierra se hizo árida y los pobladores fueron moviéndose paulatinamente a regiones más frescas, como el valle del río Nilo. Y en esa época fue que comenzó a desarrollarse nuevamente la agricultura y las comunidades comenzaron a establecerse de forma permanente en las orillas del río Nilo.

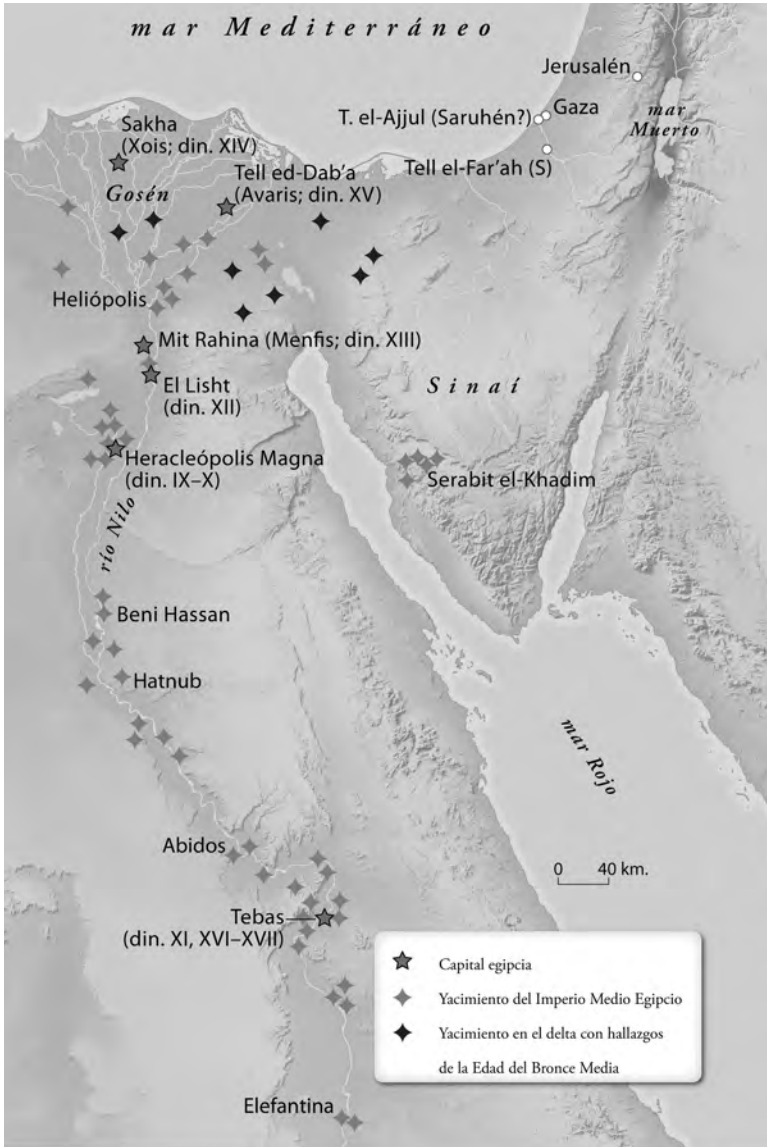
Una vez que las comunidades se asentaron, comenzaron los esfuerzos industriales (c. 5500 a. C.) que tradicionalmente se conocen como las culturas Naqada I, Naqada II y Naqada III, que fueron fundamentales en el desarrollo de lo que conocemos como la civilización egipcia. Los procesos de momificación se practicaban en la ciudad de Hieracópolis y se construían grandes tumbas en Abidos por el año 3500 a. C., y la escritura jeroglífica se estima que se inició por los años 3400-3200 a. C.

La historia de Egipto se puede dividir en varios periodos, que pueden orientar la investigación y la comprensión de esta singular cultura. Esas realidades de vida se pueden identificar por etapas, de acuerdo con historiadores nacionales de las diferentes épocas. Y esa historia se asocia directamente con el valle del río Nilo, en donde comenzó una de las primeras y más importantes civilizaciones agrícolas de la antigüedad.

El Periodo Antiguo (c. 2980-2475 a. C.) se distingue porque fue testigo de la unificación de los reinos del norte y del sur, posiblemente bajo el liderato del rey Menes (también conocido como Meni, Manes o Narmer). Esa época experimentó un desarrollo cultural y económico importante, y conoció la escritura jeroglífica.

Respecto a este periodo, hay estudiosos que piensan, sin embargo, que la palabra “Menes” era una especie de título honorario o reconocimiento político y público que significa “el sucesor”. Esa es la razón básica que complica la identificación precisa del monarca de la época.

En este Periodo Antiguo la estructura de gobierno en Egipto se consolidó y se activaron las relaciones comerciales con Sudán. Y en medio



Egipto durante la Edad del Bronce.

de ese crecimiento económico, industrial y agrícola, los egipcios desarrollaron sus sistemas navales y comenzaron a utilizar sus flotas para transportar sus productos. Esa fue la época del comienzo de la construcción de pirámides. Y para esos faraones, la seguridad de las fronteras era una prioridad fundamental.

El segundo periodo de importancia se conoce como el Imperio Medio (c. 2160-1580 a. C.). En esos años se desarrollaron los proyectos de agricultura y se incentivaron las actividades de artesanías. Y en ese ambiente, los artistas y los ingenieros se desarrollaron y dejaron una serie de obras de importancia en las ciudades de Luxo, Fayum y El Cairo.

En esa importante época también se desarrolló la literatura que tanta importancia tiene en el estudio y la comprensión de la historia de la región y del país. Y los años finales de este periodo, fueron testigos de la importante invasión de los grupos hicsos por la frontera noreste del país.

El Imperio Nuevo (c. 1500-1085 a. C.) identifica el tercer periodo fundamental que nos ayuda a comprender la historia de Egipto. Se distingue, inicialmente, porque el faraón Ahmose I logró organizar y llevar a efecto una campaña militar para expulsar definitivamente a los hicsos de las tierras egipcias. Sus sucesores, los faraones Amenofis y Tutmosis I, desarrollaron políticas, formaron un ejército fuerte y tomaron decisiones administrativas y militares efectivas para ampliar sus fronteras y alcanzar nuevos logros.

Como resultado de esas decisiones, el imperio egipcio se consolidó: controló las tierras que van desde la cuarta catarata del río Nilo en el sur, en el norte llegaron hasta el mar Mediterráneo, ejercieron el poder hasta el río Éufrates, e implantaron políticas imperialistas en las antiguas regiones de Canaán y Siria.

Los monarcas de la llamada dinastía XVII han sido reconocidos mundialmente a través de la historia como buenos ejemplos en los campos políticos, militares, culturales y religiosos. De ese importante grupo de faraones, merecen alguna mención especial los siguientes monarcas: Ahmose, que se relaciona con la liberación nacional; Amenhotep I, conocido como “el justo”, que legisló para impedir la opresión en los trabajos e implantar políticas justas y de equidad salarial; Tutmosis I, identificado como “el guerrero” que, además de expandir el imperio por el sur, afirmó la importancia de la educación del pueblo y desarrolló la industria de las minas; Tutmosis III, que ha sido reconocido por sus capacidades militares; Tutmosis IV, “el diplomático”, que se distingue por su compromiso con los tratados políticos, económicos y militares internacionales; Amenhotep III, identificado como el rey más rico en la antigüedad, que afirmó la importancia de la educación y las artes en el pueblo; Akhernaton, que se distingue por sus afirmaciones teológicas y; Tutankamón, cuya fama en la actualidad se asocia no solo a sus hechos en la antigüedad, sino al descubrimiento de su tumba y su momia.

En la historia de Egipto, especialmente en el periodo de los faraones, las reinas jugaron un papel de importancia en la sociedad, la administración y la política. Entre esas mujeres de liderato ejemplar, se pueden mencionar a Ah-hotep I, esposa del faraón Seqenenre Tao II, cuya sabiduría le ganó el respeto del rey y los líderes nacionales; Ahmose Nefertary, hija de Kamose, quien contribuyó a la expulsión de los hicsos, y que estuvo casada con el hermano del monarca Ahmose; Tyre, madre de Akhenatón y Nefertiti y; especialmente, la reina Hatshepsut, que gobernó Egipto por más de dos décadas con prosperidad económica y expansión territorial, y fue la primera mujer que se identificó con los títulos de honor masculinos, *Horus femenino*.

Después de esos tres importantes periodos de esplendor político, cultural, militar y económico, Egipto respondió a una serie compleja de nuevos desafíos en la región. Desde la dinastía XX hasta la XXVIII, Egipto vivió y sufrió las políticas inmisericordes de la ocupación de los ejércitos asirios desde al año 670 a. C., que abrieron el camino para la posterior invasión persa. Esa invasión, terminó de manera definitiva con la administración de los faraones, que vivieron una continua y creciente serie de derrotas, conquistas y ocupaciones. Y esas dificultades en Egipto llegan a su punto óptimo con la llegada al mundo del Oriente Medio de Alejandro Magno y con sus políticas de conquistas militares y sociales firmes y definitivas.

Los grupos hebreos en el Egipto de los faraones vivieron el periodo del Imperio Nuevo. En ese contexto, experimentaron los cambios políticos, sociales y económicos asociados a los faraones de esa época. El famoso éxodo, que identifica la salida de esas tribus hebreas antiguas de las tierras faraónicas para asentarse en Canaán, se ubica tradicionalmente en ese importante periodo. Y de acuerdo con las narraciones bíblicas, el líder que organizó y lideró esa salida de liberación del cautiverio egipcio y del faraón, fue Moisés, que representa, no solo las ideas de liberación nacional, sino que se asocia con la revelación divina de la Ley de Dios a su pueblo.

Los faraones de Egipto

Los faraones de Egipto en la antigüedad eran considerados dioses, que a partir de la dinastía V no solo se relacionaban con la divinidad Horus, sino que eran también hijos de Ra. Tradicionalmente, no eran deificados en vida, pero una vez morían se unían a la diosa Osiris y eran venerados como una divinidad adicional en diversos templos egipcios.

Además de ser considerados como deidades poderosas, los faraones también eran monarcas, administradores, militares y gobernantes históricos. En unas 30+ dinastías y unos 170+ monarcas, esas figuras divinas y faraónicas administraron las tierras egipcias con autoridad por unos 3000 años (c. 3150-30 a. C.). Y las transiciones gubernamentales se llevaban a efecto generalmente por la vía de la herencia, pues se esperaba que el trono pasara de padres a hijos.

Los faraones eran figuras políticas que tenían gran poder militar, social, económico y religioso y que, al considerarse dioses, añadían a la posición una extraordinaria autoridad y control en el pueblo. Cada vez que una familia real egipcia culminaba su mandato o reinado por razones de muerte natural, guerras o asesinatos, se inauguraba una nueva dinastía, con las mismas percepciones administrativas, políticas, militares y teológicas que sus antecesores. Y en ese ambiente de autoridad total y celo familiar, los faraones trataban de casarse con hermanas, hijas o nietas, con la finalidad clara de mantener el trono, la autoridad, el poder y las riquezas dentro de la familia.



Un faraón triunfa sobre sus enemigos.

La palabra “faraón” describe a la persona que ostentaba el poder total y absoluto en Egipto. Eran reyes que administraban las tierras y los recursos económicos; monarcas que gobernaban con mano fuerte e inmisericorde al pueblo. La expresión “faraón” significa literalmente “casa grande”, que es una manera de referirse a los grandes palacios que construían para vivir. Esa comprensión del término implica que el uso adecuado del título político alude al tiempo cuando Egipto llegó a extender su poder político, económico y militar fuera de sus fronteras naturales y tradicionales, a mediados de la dinastía XVII, a partir del Imperio Nuevo.

El faraón que no había conocido a José

*Murieron José y sus hermanos
y toda aquella generación.
Sin embargo, los israelitas tuvieron muchos hijos
y a tal grado se multiplicaron
que fueron haciéndose más y más poderosos.
El país se fue llenando de ellos.
Pero llegó al poder en Egipto
un nuevo rey que no había conocido a José
y dijo a su pueblo:
“¡Cuidado con los israelitas,
que ya son más fuertes y numerosos que nosotros!
Vamos a tener que manejarlos con mucha astucia;
de lo contrario, seguirán aumentando
y, si estalla una guerra,
se unirán a nuestros enemigos,
nos combatirán y se irán del país”. Éxodo 1:6-10*

La afirmación inicial del libro de Éxodo referente a las relaciones del faraón de Egipto y los israelitas es de hostilidad, cautiverio, opresión y muerte (Éx 1:1-22). En primer lugar, se identifican a los hijos de Israel que acompañaron a Jacob al llegar a Egipto: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Benjamín, Dan, Neftalí, Gad y Aser, y si añadimos a José, que ya estaba en Egipto, el número es doce, que puede ser una forma simbólica de aludir a todo el pueblo de Dios.

Los descendientes de Jacob eran setenta, que también es un número de gran importancia bíblica, pues alude a un grupo completo de tamaño considerable. Setenta describe a los ancianos de Israel (Éx 24:1-9), y los



Rutas de José, Isaac y Jacob.

hijos de Gedeón (Jos 8:30), los descendientes de Abdón (Jue 12:40); además, con el número setenta se describe a los descendientes de Jacob (Gn 46:27), que es la suma de los descendientes de cada una de sus mujeres: 33 de Lia (Gn 46:15); 16 de Zilpa (Gn 46:18); 14 de Raquel (Gn 46:22) y 7 de Bila (Gn 46:25). En efecto, la amenaza del faraón es para la gente del Señor en su totalidad.

Los hijos de Israel que llegaron a Egipto representan para el libro de Éxodo a todo el pueblo de Dios que vivía bajo el dominio del faraón en condiciones de precariedad social, económica y política. La referencia es una manera literaria de ubicar las narraciones del libro no solo en un momento histórico determinado, sino que desea poner de manifiesto las dinámicas hostiles que rodeaban a los israelitas que vivían en Egipto,

además de poner de manifiesto las características sociopolíticas de la nueva administración egipcia. El nuevo faraón trajo nuevas relaciones del gobierno y el pueblo de Dios, que se caracterizaba por las injusticias, la violencia, la persecución y la muerte.

La lectura cuidadosa del libro de Éxodo revela una serie de secciones temáticas mayores, que dirigen las narraciones y orientan los diversos temas expuestos. La finalidad básica es destacar el poder divino que libera al pueblo de sus cautiverios. El propósito teológico fundamental es declarar que el Dios bíblico odia los cautiverios y rechaza las opresiones. Y las narraciones bíblicas, además, presentan a Moisés como el agente divino que llevó a efecto la liberación, dio al pueblo el sistema legal básico para la convivencia y lo llevó a la ribera de la Tierra Prometida.

En la introducción al libro de Éxodo (Éx 1:1-22) se puede identificar, primeramente, el contexto histórico, sociológico, político y psicológico que rodea a los israelitas que vivían en Egipto en esa época. Y esta sección inicial es importante, pues prepara al lector para las narraciones relacionadas con Moisés, que es el protagonista indiscutible de la obra.

Posteriormente, el libro de Éxodo presenta al Dios que es, en efecto, quien demuestra el poder necesario para liberar a los israelitas de sus cautiverios en Egipto (Éx 2:23—4:23). Y de importancia capital en esta sección es la revelación del nombre divino y la comunicación de su voluntad para el pueblo. Un Dios que escucha el clamor de los israelitas y ve sus penurias y dolores (Éx 3:7-10), interviene de forma extraordinaria para responder a sus necesidades de liberación.

En las narraciones del libro, se incorporan las negociaciones de Moisés con el faraón, que rechaza la petición de liberación y endurece las condiciones de trabajo de los israelitas cautivos (Éx 4:24—6:13). La respuesta divina a esa actitud irracional y testaruda del faraón es de juicio, pues se manifiestan en Egipto diez plagas mortales, que desean persuadir al monarca para proceder con la liberación del pueblo de Dios (Éx 6:28—13:16). El faraón, sin embargo, rechazó las peticiones de Moisés. Y estas dos secciones del libro están separadas por una tabla genealógica que desea relacionar a Moisés y Aarón con los antepasados del pueblo hebreo (Éx 6:14-27).

La plaga final a Egipto constituye una sección independiente (Éx 12:1—13:16), por la naturaleza de la calamidad y por su importancia histórica y teológica en los procesos de liberación de los israelitas. Bajo el liderato de Moisés, el pueblo deja las tierras egipcias y emprende su

peregrinar liberador, que llega a su punto culminante al cruzar el mar Rojo de forma milagrosa. Esta sección destaca, no solo las imperfecciones humanas, sino el poder divino que se pone de manifiesto en el momento oportuno, en medio de las realidades diarias de su pueblo (Éx 13:17—15:18).

La identificación precisa del faraón de la salida de los israelitas de Egipto no se incluye en los relatos bíblicos. Aunque la fecha real del éxodo es muy difícil de identificar con seguridad, algunos estudiosos piensan que el faraón que aumentó las injusticias y complicó el cautiverio del pueblo de Dios en tierras egipcias fue Seti I (c.1309-1290 a. C.), cuyas políticas opresivas y decisiones administrativas injustas fueron seguidas por Ramsés II (1290-1224 a. C.). Sus administraciones y políticas públicas representan periodos de injusticias, dolores y desesperanzas para los israelitas.

La expresión bíblica que indica que el nuevo faraón “no conocía a José”, no es una declaración de desconocimiento del monarca, sino una forma de indicar que el nuevo incumbente no reconoció ninguna deuda de gratitud del gobierno con los israelitas que vivían en Egipto. El nuevo monarca se percató del problema potencial que representaba para su gobierno la presencia y el crecimiento de los israelitas en su territorio.

Quizá esa actitud de preocupación y rechazo gubernamental se relacionaba con el hecho de que los israelitas vivían en Goshen, ciudad que estaba ubicada al norte del país. Por esa ruta era que los enemigos de Egipto, que provenían del norte, invadían el país, y esa realidad geográfica comprometía la seguridad nacional del faraón. Además, la prosperidad y el desarrollo económico de los israelitas llenó de envidia al resto del país.

Esas dinámicas de seguridad nacional y virtud fiscal hicieron que el faraón se sintiera amenazado y tratara a los israelitas como esclavos. Y aunque la política esclavista contra las personas que participaban en las construcciones egipcias no es nueva, en el caso de los israelitas esas decisiones administrativas tenían complicaciones militares, desafíos sociales y dificultades interpersonales.

Un detalle en el texto bíblico que no debemos ignorar es la falta del nombre explícito del faraón. Una posible explicación de esa omisión es que los nombres de los faraones eran largos y complejos. Tradicionalmente tenían, por lo menos, cinco nombres compuestos, que se escribían de forma complicada. Es posible que por esa razón literaria era más fácil identificarlos con el título genérico de faraón, que aludía a “la casa grande”, que describía y destacaba el poder que ostentaban. La voluntad del faraón se presentaba

como la autoridad última, que provenía de una imponente construcción física, grande y hermosa, que era signo del poder y la autoridad que tenía.

Este fue el contexto amplio de la vida de Moisés, que respondió en el nombre del Señor a esos múltiples desafíos que representaba el gobierno egipcio. Nuestro líder, recibió la revelación divina y la transformó en un muy serio proyecto de liberación nacional. Y fundamentado en las instrucciones divinas dio al pueblo el Decálogo, que fue uno de los fundamentos más importantes para la formación y el establecimiento del pueblo de Israel como nación.

El Moisés histórico y literario

El objetivo de este nuevo libro referente a Moisés es estudiar la vida y las enseñanzas fundamentales del libertador hebreo, de acuerdo con las narraciones bíblicas, para entender y compartir los descubrimientos con creyentes, iglesias, líderes eclesiásticos y académicos. Nuestra finalidad es analizar con detenimiento esos documentos canónicos, particularmente el libro de Éxodo, para evaluar la figura de un personaje de importancia capital no solo en la Biblia, sino en la formación del judaísmo, el desarrollo de la fe cristiana y en la literatura musulmana. Y en ese proceso, ponderaremos las referencias en la Biblia hebrea a la luz de alguna literatura egipcia antigua, varios descubrimientos arqueológicos, y el estado actual de las investigaciones académicas referente a nuestro personaje.

De singular importancia en nuestro estudio es descubrir que, desde hace varios siglos, referente a Moisés, que en ocasiones se ha relacionado con personajes egipcios, se ha cuestionado su historicidad por dos razones básicas. Para un sector de estudiosos de las narraciones bíblicas del éxodo de Egipto, la figura de Moisés proviene de la creatividad literaria de escritores israelitas. Y son dos las razones básicas para esta comprensión.

En primer lugar, por la falta de referencias claras en torno a Moisés y el éxodo de los israelitas del yugo del faraón en los documentos egipcios disponibles. Además, no hay evidencias arqueológicas precisas que certifiquen el movimiento de grupos grandes saliendo de las tierras egipcias, durante los años en que tradicionalmente pensamos se llevó a efecto la liberación de los israelitas por Moisés. Y esa falta de información ha puesto en entredicho la historicidad de nuestro singular personaje.

En torno a esa carencia de referencias literarias y arqueológicas sobre Moisés y la salida de los hebreos de Egipto es importante estar

conscientes que tradicionalmente los egipcios no dejaban testimonios escritos de sus derrotas políticas y militares. Este imperio destacaba regularmente en la literatura oficial únicamente sus triunfos y logros. No aludía a sus fracasos ni a los conflictos nacionales e internacionales en los que el faraón y el pueblo egipcio no lucieran triunfantes.

Esa política oficial egipcia explicaría la falta de referencias oficiales escritas de los grupos nómadas que se rebelaban contra la tiranía y autoridad faraónica, y que salían de las tierras egipcias a buscar nuevos horizontes de bienestar y liberación. Y entre esos grupos, se encontraban los hebreos.

La carencia de descubrimientos arqueológicos que apunten hacia la salida de los israelitas de Egipto tiene varias explicaciones. Quizá la más importante, sin embargo, es que esa falta de descubrimientos físicos del éxodo en el desierto del Sinaí no es prueba de que los eventos de liberación de los hebreos no hayan ocurrido. Lo único que indica esa realidad es que la información pertinente no se ha descubierto, pero nada dice de lo sucedido. Y no sería la primera vez que descubrimientos arqueológicos tardíos permiten la comprensión adecuada de eventos y personajes en la antigüedad.

La verdad científica y académica es que los trabajos arqueológicos continúan y con el tiempo pueden aparecer las evidencias requeridas para tener la información pertinente en torno al éxodo. Y esos descubrimientos arqueológicos que, en efecto, ayudan a entender y explicar eventos bíblicos, en ocasiones llegan con el desarrollo de la tecnología y el mejoramiento de las metodologías de investigación.

Independientemente del estado de la investigación referente al Moisés histórico, nuestro estudio presupone un personaje singular en la literatura bíblica que se convirtió en héroe de los grupos hebreos que vivían en Egipto. Analizaremos los textos disponibles para descubrir detalles importantes de la vida de este singular personaje, que expliquen su contribución destacada al desarrollo del monoteísmo que ciertamente es un elemento teológico en común en tres de las religiones más importantes en la sociedad contemporánea: judaísmo, cristianismo e islam.

Más que las posturas contemporáneas en torno al Moisés de la historia, nuestro estudio intenta descubrir en las Sagradas Escrituras los valores y las enseñanzas que se desprenden de esta literatura, que ciertamente es respetada y apreciada en sinagogas, iglesias, mezquitas y academias.

Capítulo uno

Nacimiento y llamado de Moisés

Hubo un levita que tomó por esposa a una mujer de su propia tribu.

*La mujer quedó embarazada y tuvo un hijo,
y al verlo tan hermoso lo escondió durante tres meses.*

*Cuando ya no pudo seguir ocultándolo,
preparó una cesta de papiro, la embadurnó con brea y asfalto.*

*Después puso en ella al niño
y fue a dejar la cesta entre los juncos que había a la orilla del Nilo.*

*Pero la hermana del niño se quedó a cierta distancia
para ver qué pasaría con él.*

En eso, la hija del faraón bajó a bañarse en el Nilo.

Sus doncellas, mientras tanto, se paseaban por la orilla del río.

*De pronto, la hija del faraón vio la cesta entre los juncos
y ordenó a una de sus esclavas que fuera por ella.*

*Cuando la hija del faraón abrió la cesta
y vio allí dentro un niño que lloraba,*

le tuvo compasión y exclamó: —¡Es un niño hebreo!

La hermana del niño preguntó entonces a la hija del faraón:

*—¿Quiere usted que vaya y llame a una nodriza hebrea,
para que críe al niño por usted?*

—Ve a llamarla —contestó.

La muchacha fue y trajo a la madre del niño,

y la hija del faraón le dijo:

—Llévate a este niño y críamelo.

Yo te pagaré por hacerlo.

Fue así como la madre del niño se lo llevó y lo crio.

Ya crecido el niño, se lo llevó a la hija del faraón

y ella lo adoptó como hijo suyo;

además, le puso por nombre Moisés,

pues dijo: “¡Yo lo saqué del río!”.

El nacimiento de Moisés

El nacimiento de Moisés, futuro legislador y libertador de los israelitas en Egipto, de acuerdo con las narraciones bíblicas, se produce en un ambiente de persecución política, crisis económica y opresión social. El contexto es de crisis en las relaciones del gobierno del faraón y las comunidades israelitas. Es importante notar, referente al comentario bíblico, que la imposición de trabajos forzados y políticas de opresión en Egipto eran comunes, que esas dinámicas laborales se aplicaban especialmente a prisioneros, esclavos, inmigrantes y refugiados.

Para eliminar, o por lo menos disminuir, el potencial antagonico que los israelitas representaban para el nuevo faraón “que no conocía a José”, se tomaron varias medidas drásticas. En primer lugar, los egipcios aumentaron las dinámicas de trabajos forzados, pues deseaban mantener a los hebreos sometidos al poder del estado. Y como respuesta a las complicaciones asociadas a la implantación de esa política de cautiverio, los israelitas construyeron dos ciudades de gran importancia económica y comercial para Egipto: Pitón y Ramsés (Éx 1:11-12).

Pitón es el nombre hebreo que proviene del egipcio “Per-Atum”, que representa la casa o el templo del dios Atum. Ramsés es la abreviación de “Per-Ramsés”, o casa de Ramsés. Estas ciudades estaban ubicadas en la frontera norte del país, al oriente del delta del Nilo; y además de ser centros comerciales de gran importancia económica para el faraón y su administración, constituían lugares estratégicos para las políticas expansionistas y las campañas militares de Ramsés II.

La ciudad de Ramsés, que era la capital regional, estaba edificada sobre las ruinas de la antigua Avaris, que fue destruida y abandonada en las guerras para expulsar a los antiguos hicsos de Egipto. La arqueología contemporánea ha descubierto entre sus ruinas importantes templos y edificios colosales construidos en la época del faraón Ramsés II.

Luego de intensificar la política de opresión contra los israelitas en Egipto, al complicar las condiciones de trabajo opresivas del pueblo, el faraón ordenó directamente a las parteras que mataran a los niños varones que nacieran en la comunidad hebrea. La finalidad era controlar la natalidad e impedir el crecimiento desmedido de los israelitas, que constituían un importante sector poblacional con poder económico y social.

Las parteras, Sifra y Pua, decidieron desacatar la orden del faraón. Ese acto de valentía y desobediencia civil, y también aprecio a la vida y

solidaridad con los israelitas, constituyó el fundamento para la bendición divina que recibieron, y fue el camino para que los israelitas se fortalecieran y se multiplicaran. Los nombres de las parteras son importantes: Sifra significa “hermosa” o “belleza”; y Pua alude a “hacer brillar” o “esplendor”.

¡El faraón ordenó a dos parteras, cuyos nombres representan la belleza y el esplendor, a asesinar a niños inocentes e indefensos! Desobedecer el mandato imperial era una manera de preservar y afirmar la vida, y de celebrar la hermosura y el brillo de la creación de Dios.

La explicación oficial ante el faraón, referente al por qué los niños israelitas nacían bien, era que sus madres eran fuertes y daban a luz antes que las parteras llegaran. Las madres israelitas aceptaban el apoyo de las parteras y permitían que las atendieran, posiblemente, porque eran parte de la comunidad. Hay estudiosos que piensan, sin embargo, que las parteras debieron haber sido egipcias, pues tenían la confianza del faraón y ejercían como parte del sistema de opresión directamente impuesto a los israelitas.

El mandato final del faraón abrió las puertas para la salvación de Moisés: debían echar al río a todo niño varón luego de nacer, a la vez que preservaban la vida de las niñas. Para el faraón, solo había una solución al problema de los israelitas en Egipto. Y esa solución era simple, clara y firme: eliminar a los israelitas. Para el mandatario egipcio, el infanticidio era la única respuesta efectiva al continuo crecimiento poblacional hebreo, que constituía una amenaza real e inminente a la seguridad nacional y la estabilidad económica y política de Egipto.

Referente a las narraciones del nacimiento de Moisés, debemos tomar en consideración que la Biblia incluye una serie importante de relatos con el mismo tema: el nacimiento de un personaje especial en la historia del pueblo de Israel. Y en esa tradición se pueden identificar los nacimientos de Sansón (Jue 13:1-25), Samuel (1Sa 1:1-28), Juan el Bautista (Lc 1:57-66) y Jesús de Nazaret (Mt 1:18-25; Lc 2:1-7). Este singular tipo de narraciones de nacimientos en la Biblia presentan la llegada a la historia de una figura singular, que va a llevar a efecto la voluntad divina de manera extraordinaria en medio de las realidades humanas.

Entorno familiar de Moisés

*En aquel tiempo nació Moisés
y era hermoso a los ojos de Dios.*

*Por tres meses se crio en la casa de su padre
y, al quedar abandonado, la hija del faraón lo adoptó
y lo crio como a su propio hijo.
Así Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios,
y era poderoso en palabra y en obra. Hechos 7:20-22*

La primera gran afirmación relacionada con Moisés en la Biblia es que provenía de padres de la tribu de Leví, pues tanto el padre como la madre se identifican como levitas. Y esa referencia a su contexto familiar asocia al futuro libertador y legislador israelita con funciones directamente sacerdotales (Éx 28:1; Lv 1:5; 8:12-13; Jos 13:33; 14:4).

Además de sus funciones levíticas, de acuerdo con las narraciones bíblicas, Moisés era también mediador y profeta (Dt 30:10; Hch 7:20-29; Heb 11:23-29). Esa referencia inicial en torno a Moisés ubica a nuestro personaje en una tradición que no solo tiene gran importancia cültica, sino que destaca un singular nivel profético, que supone claras implicaciones políticas y sociales. Desde el inicio mismo de los relatos sobre Moisés, el futuro libertador de su pueblo israelita, se destacan sus cualidades religiosas, espirituales, políticas y sociales.

Aunque en la narración inicial no se brindan los nombres de los padres de Moisés, posteriormente, el libro de Éxodo indica que eran Amram y Jocabed (Éx 6:20). Esos nombres propios respectivamente significan: “pueblo exaltado” y “Yah (o el Señor) es honor”. En efecto, no solo el texto bíblico destaca el contexto familiar y religioso de Moisés, que lo ubican en las tradiciones sacerdotales y proféticas, sino que lo asocian con la singular vocación divina que Dios dio a los israelitas y afirman la importancia de las alabanzas al Señor. Además, Moisés tuvo, por lo menos, un hermano de nombre Aarón (Éx 6:20; 7:7), y una hermana, María (Éx 2:4; 15:20). Esa familia israelita brindó a Moisés sentido de identidad religiosa, cultural, familiar y nacional, de acuerdo con las narraciones bíblicas.

La reacción de Jocabed al ver a Moisés nacer es que se percató que era “hermoso”, que más que una descripción física de belleza era una manera de indicar que el niño que había nacido contaba con el favor divino. Luego, lo escondió por tres meses, para posteriormente preparar una canasta y ponerlo en el río Nilo, pues no pudo ocultarlo más. De acuerdo con el relato bíblico, una hermana de Moisés, María o Miriam (Éx 15:20; Nm 12:1-16; 20:1; 26:59; Dt 24:9; 1Cr 6:3; Mi 6:4), siguió la canasta en el río para ver lo que sucedería.

Con el nacimiento de Moisés comienzan las narraciones de la liberación de los israelitas del cautiverio y la opresión en Egipto. Ese protagonismo mosaico se pone en evidencia clara no solo en el libro de Éxodo, sino en todo el Pentateuco hasta el relato final de su muerte en el monte Nebo (Dt 34:1-12). Y la importante influencia religiosa de Moisés en la historia del pueblo de Israel se afirma y se destaca en toda la Biblia.

El nombre Moisés es posiblemente de origen egipcio. Su significado original es “nacido de” o “hijo de” y aparece como parte de la construcción de algunos nombres compuestos egipcios, por ejemplo, Tutmosis y Ahmosis. En el relato bíblico (Éx 2:10), se asocia el nombre de Moisés con un verbo hebreo cuya pronunciación puede asociarse con la idea de “sacar”, para destacar que el niño fue rescatado o salvado de las aguas del Nilo.

De acuerdo con la interpretación de la vida de Moisés, que se incluye en el importante discurso de Esteban ante el sumo sacerdote en Jerusalén (Hch 7:23–8:1), la vida del líder israelita se puede dividir en tres periodos básicos: cuarenta años en Egipto (Hch 7:23), cuarenta años adicionales en Madián (Hch 7:30) y, finalmente, cuarenta años desde la salida de las tierras del faraón hasta su muerte en el monte Nebo (Hch 7:36). Y cada periodo se identifica como de cuarenta años, pues el escritor bíblico desea destacar el componente educativo de la experiencia. Esos años suman ciento veinte, que es la cifra específica que se incluye en el libro del Deuteronomio (Dt 34:7).

Moisés en la corte del faraón

La llegada de Moisés a la corte del faraón se presenta de forma especial y milagrosa. La mamá, ante las políticas infanticidas e inmisericordes del faraón, como quiere salvar la vida de su hijo, decide preparar una canasta y ponerlo en el río Nilo, muy cerca donde se bañaba la hija del monarca egipcio. Además, su hermana siguió el movimiento de la canasta hasta que fue recibida por el grupo oficial de apoyo de la hija del faraón.

Al ver al niño, e identificar que era “de los hebreos”, le solicitó ayuda y apoyo a la hermana de Moisés para que consiguiera una nodriza, y esta organizó todo para que la misma madre del niño lo criara. Esa decisión ubica a Moisés en un doble ambiente cultural: recibió las instrucciones pertinentes de las tradiciones hebreas y, a la vez, era educado en la corte del faraón con sus sistemas de valores y también con las comprensiones políticas, sociales, económicas, religiosas y espirituales del faraón.



Estatuilla de mujer egipcia amamantando.

Esa educación dual, que tomaba en consideración tanto la cultura hebrea como la egipcia, fue un componente importante en el crecimiento y desarrollo físico, emocional, espiritual, ético y moral de Moisés.

La narración del episodio inicial de la vida de Moisés es importante y está muy bien redactada. En primer lugar, el nombre de Moisés es el único que se identifica de forma explícita en el relato, que es una manera de destacar al niño salvado de las aguas como el protagonista. Además, una vez más las mujeres juegan un papel protagónico en la vida del futuro libertador de los israelitas; en primer lugar, las parteras lo salvaron, y ahora la hija del faraón y sus doncellas son los agentes de vida.

Esa narración referente a Moisés evoca la antigua leyenda de la salvación de Sargón de Agadé del río Éufrates. El testimonio bíblico, sin embargo, presenta en el contexto una intervención divina que va

preparando a Moisés para la encomienda liberadora que debía llevar a efecto con los israelitas.

Moisés creció en el entorno del palacio del faraón. En ese contexto egipcio se educó, aunque desde la perspectiva de la madre, también recibió su educación hebrea. Y fue ese ambiente bilingüe y bicultural el que rodeó la educación y el crecimiento de Moisés.

Las cortes de los faraones en el Egipto antiguo estaban caracterizadas por las riquezas y por los protocolos interpersonales y oficiales. Mayormente, los hombres vestían de blanco y las túnicas eran profesionalmente diseñadas para poner de relieve el buen gusto y el arte de esa cultura. En las ceremonias, que incorporaban elementos religiosos, políticos y culturales, se utilizaban diversos tipos de joyas (p. ej., collares, pectorales, gargantillas y brazaletes), y las sandalias eran puntiagudas para destacar el lujo y la belleza.

Las mujeres de los cortesanos utilizaban túnicas largas y plisadas con colores dorados y grises y con grandes escotes, y en ocasiones, dejaban el seno derecho al descubierto. Como los brazos no estaban cubiertos, podían verse los brazaletes que portaban. Los velos transparentes de la cara dejaban traslucir la belleza de las mujeres, que se maquillaban y utilizaban perfumes. Además, usaban pelucas grandes y rizadas, que les llegaban a los hombros y las espaldas que estaban adornadas de flores, perlas y diademas.

En las actividades oficiales, la corte oficial del faraón presentaba en sus espectáculos a bailarines, acróbatas y arpistas, que deleitaban a los invitados en un ambiente de lujo y belleza. En medio de esas dinámicas, el faraón y sus cortesanos daban la bienvenida a sus invitados, sentados en lugares prominentes y hermosos, que en ocasiones estaban decorados con imágenes y frescos de pájaros del campo o con actividades de caza, donde se destacan los hechos de los faraones y sus príncipes.

Un día en la vida del faraón incluía: lectura de correspondencia, baños diarios que le daban sus sirvientes, recepción de informes oficiales del reino, atención de peticiones de súbitos y diálogos con diplomáticos y representantes de gobiernos extranjeros. Cuando finalizaba los asuntos oficiales, el monarca sacaba tiempo para cazar gacelas y antílopes en el desierto. Y en todas esas actividades, se destacaba el poder político y económico que tenía el faraón.

Algunos detalles adicionales de la corte faraónica, que fue el contexto general del crecimiento de Moisés, son los siguientes:

- El faraón siempre llevaba puesta su corona de color rojo y blanco, que simbolizaba la unión del Bajo y el Alto Egipto.
- En la corte había muchas ceremonias que atendían asuntos oficiales, políticos, nacionales e internacionales.
- Los principales oficiales eran: el tesorero o supervisor de los tesoros nacionales; el ingeniero o encargado de las construcciones reales; el juez superior, encargado de los tribunales de justicia y; el secretario principal del faraón, que se encargaba no solo de redactar la correspondencia, sino de guardar los documentos.
- Y los sirvientes incluían al jefe de los panaderos, al director de la cocina y el mayordomo encargado de servir el vino. Y muchos de esos sirvientes estaban encargados de las propiedades personales del monarca y de los bienes del estado.

En ese ambiente de lujos y protocolos, Moisés pasó los primeros cuarenta años de su vida. Ese fue un periodo educativo de gran importancia, pues preparó a Moisés para la naturaleza y extensión de la obra que el Señor le iba a encomendar. Por cuarenta años, de acuerdo con la narración bíblica, Dios preparó a Moisés en el contexto de la corte del faraón, para llevar a efecto una labor extraordinaria de liberación. Este mundo de poder y lujos fue el de Moisés, hasta que se percató que debía usar sus conocimientos, fuerza y poder para liberar a su pueblo de la esclavitud. Aunque él vivía en la opulencia, su pueblo estaba cautivo. Y esa realidad lo movió a invertir el resto de su vida para dejar un legado extraordinario de liberación, leyes y tradiciones religiosas.

Moisés huye de Egipto

*Cuando cumplió cuarenta años,
Moisés tuvo el deseo de visitar a sus hermanos israelitas.
Al ver que un egipcio maltrataba a uno de ellos,
acudió en su defensa y lo vengó matando al egipcio.
Moisés suponía que sus hermanos reconocerían
que Dios iba a liberarlos por medio de él,
pero ellos no lo comprendieron así.
Al día siguiente,
Moisés sorprendió a dos israelitas que estaban peleando.
Trató de reconciliarlos, diciéndoles:
“Señores, ustedes son hermanos;
¿por qué quieren hacerse daño?”.*

*Pero el que estaba maltratando al otro empujó a Moisés y le dijo:
 “¿Y quién te nombró gobernante y juez sobre nosotros?
 ¿Acaso quieres matarme a mí,
 como mataste ayer al egipcio?”.*
*Al oír esto, Moisés huyó a Madián;
 allí vivió como extranjero y tuvo dos hijos. Hechos 7:23-29*

La vida de Moisés cambió de forma drástica y repentina. De vivir como príncipe en la corte del faraón, de pronto, se vio perseguido en un viaje de huida a las tierras desérticas de Madián. El futuro libertador de los israelitas llega a las comunidades donde vivía y trabajaba su pueblo, y la narración bíblica presenta la experiencia de manera íntima, como una visita a sus “hermanos”. De acuerdo con el texto bíblico, Moisés se encontró de esta manera con las realidades de opresión que vivían los hebreos diariamente. Y ese fue el contexto de las dinámicas que cambiaron la vida de Moisés de forma radical y permanente.

Varios detalles temáticos son dignos de estudiar en el importante relato de la huida de Moisés al desierto (Éx 2:11-25). En primer lugar, el texto habla de los “hebreos”, que describe a un grupo nómada, originario de Mesopotamia, que poseían cabras y ovejas, y tenían asnos, mulas y camellos. Los antiguos hebreos, identificados en ocasiones como *habirus* o *hapirus*, salieron de las tierras mesopotámicas, posiblemente en caravanas como las de Abraham, y se asentaron en Canaán. Y posteriormente, por las crisis agrícolas y comerciales de las tierras cananeas, llegaron a Egipto con José y su familia. Los descubrimientos arqueológicos en la ciudad de Mari aluden, en varias ocasiones, a las frecuentes migraciones de comunidades y grupos nómadas en diferentes regiones del Creciente Fértil.

Abraham es considerado por muchos estudiosos como el primer “hebreo”, pues dejó la ciudad, identificada como Ur de los caldeos (Gn 12:1), y llegó hasta Siquem (la actual Nablus) o Hebrón. Esos antiguos grupos de hebreos, con el tiempo, se asentaron en las tierras cananeas y se desarrollaron como agricultores. En esas comunidades, los antiguos grupos hebreos convivían con edomitas, moabitas, amonitas e ismaelitas. Una característica fundamental de estos grupos hebreos era el desarrollo de una teología monoteísta, que se distanciaba de las percepciones politeístas de la divinidad que tenían sus vecinos.

De acuerdo con el testimonio bíblico, la transición en la identificación de los grupos hebreos a israelitas se asocia con el tercer patriarca bíblico, Jacob, que cambió por revelación divina su nombre propio a Israel

(Gn 32:24, 28). Las fechas precisas de esas transiciones son difíciles de determinar, pues la historia del pueblo hebreo en esos periodos se transmitía de manera oral de generación en generación.

No es de ignorar, sin embargo, que las narraciones iniciales de Moisés destacan su apego a la justicia. ¡No resistió ver las injusticias que vivía su pueblo! Y ese detalle va preparando el camino para su labor de libertador, que se fundamenta en un rechazo directo al cautiverio que vivían los israelitas bajo la administración de los faraones.

La experiencia crítica y transformadora en la vida de Moisés (Hch 2:11-12) es “descubrir” las condiciones de trabajo opresivas que los egipcios imponían sobre los israelitas; además de ser testigo de un egipcio que golpeaba a uno de sus hermanos hebreos. Posiblemente, el hombre maltratante era el capataz del grupo de trabajadores o la persona encargada de organizar y supervisar los trabajos en el campo. El texto no solo destaca de manera reiterada el sentido de justicia y respeto a los seres humanos que tenía Moisés (Éx 2:12, 13, 17), sino que afirma que se relaciona con los israelitas como hermanos.

Ante ese acto impropio de injusticia, Moisés mató al egipcio y lo enterró en la arena, luego de cotejar que no había testigos. El texto bíblico, en esta ocasión, no evalúa con criticidad el fundamento ni las implicaciones de la acción violenta de nuestro personaje, aunque en el resto de las narraciones de Éxodo, afirma que Moisés no escogió el camino de la violencia para liberar a los israelitas ante los poderosos ejércitos del faraón. Las Escrituras asocian el tema de la justicia con Moisés, pero lo distancian de acciones violentas en contra del faraón.

Al día siguiente del asesinato del capataz egipcio, Moisés presencié otro conflicto violento, pero en esta ocasión era entre dos trabajadores israelitas. Y cuando intervino para propiciar la paz, uno de los que reñían reprochó su intervención; además, preguntó por qué Moisés se sentía con autoridad para intervenir en ese conflicto interpersonal. Finalmente, el israelita aludió al asesinato del egipcio del día anterior, que puso en evidencia que las acciones violentas de Moisés con el capataz no habían pasado desapercibidas, sino que se conocían en la comunidad y que habían llegado hasta la corte de Egipto (Éx 2:15). Esas dinámicas, además, revelan la falta de estructuras legales, jurídicas, éticas, morales, administrativas y espirituales que tenían los israelitas.

Como el faraón decidió matar a Moisés por el asesinato del capataz, Moisés huyó de la sociedad egipcia y se refugió en las tierras de Madián.

La ubicación precisa del lugar de exilio es difícil de determinar, pues los madianitas eran una tribu nómada que se movía al sur y al este de la antigua Palestina (Nm 22:4; Jue 6:3-4; 1Re 11:18). Según el texto bíblico eran descendientes de Abraham (Gn 25:2).

En su huida, Moisés se detuvo en un pozo que es el inicio de la segunda etapa de su vida de cuarenta años. Tradicionalmente, en el mundo bíblico, la expresión “ir al pozo” se asociaba con la idea de buscar esposa. En ese contexto de la narración bíblica, se brindan algunos detalles para ubicar a Moisés en su nuevo entorno del desierto. Y en efecto, en el pozo comenzaron las dinámicas que culminó con una esposa y con el establecimiento de su familia.

El sacerdote de la región, Reuel, tenía siete hijas que llevaron las ovejas de su padre a beber al pozo donde Moisés estaba. Sin embargo, unos pastores que estaban en el lugar trataron de impedir que las ovejas bebieran agua. El sacerdote Reuel también es identificado en la Biblia como Jetro (Éx 3:1; 18:1) y como Hobab (Jue 4:11). El nombre Reuel significa “Dios es mi pastor o mi amigo”, que destaca la providencia divina que se pone de manifiesto en la vida de Moisés; el nombre Jetro significa “excelencia”, que destaca el tema de la dignidad. Y las hijas del sacerdote identifican a Moisés como egipcio (Éx 2:19), que puede ser una referencia a su forma de hablar o de vestir.

Una vez más, el texto bíblico ubica a Moisés en apoyo de alguien en necesidad: intervino en el pozo, desde una perspectiva de justicia, para propiciar que los animales de las hijas del sacerdote saciaran su sed. Cuando las hijas de Reuel indicaron a su padre lo que había sucedido, el sacerdote mandó a buscar a Moisés, a quien recibió en su hogar. Ese ambiente familiar fue propicio para que Reuel diera a Moisés por esposa a una de sus hijas, Séfora (Éx 2:21). Y de esa unión, nació el primer hijo de Moisés que se llamó Gersón, pues entendía que era forastero en tierra extranjera (Éx 2:22).

Ese contexto de huida de Egipto y llegada a Madián preparó el ambiente para que Moisés se asentara en el desierto, tuviera mujer y le diera la bienvenida a su primer hijo. Y en ese entorno personal, familiar y social, suceden tres cosas de gran importancia en las narraciones de la liberación de los israelitas de las tierras de Egipto: muere el faraón de Egipto que quería matar a Moisés, que cambiaba el ambiente político en la corte del faraón; los israelitas clamaron a Dios desde lo profundo de sus cautiverios, oraron para que terminara su condición de esclavos y; finalmente, Dios

escuchó los gemidos de su pueblo y se acordó del pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob (Gn 12:1-3; 15:13-14; Éx 6:5).

La narración finaliza con una importante declaración de esperanza: Dios miró a los hijos de Israel y conoció su condición, que era una manera de decir que los tomó seriamente en consideración (Éx 2:25). El verbo hebreo que se traduce como “mirar” es mucho más que “ver”, pues implica conocimiento pleno de lo que sucede. De esta forma, la narración bíblica desea destacar la iniciativa divina de cambiar las realidades angustiosas del pueblo.

Llamado de Moisés

*Un día, Moisés estaba cuidando el rebaño de Jetro, su suegro,
que era sacerdote de Madián,
y llevó las ovejas hasta el otro extremo del desierto
hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios.
Estando allí, el ángel del Señor se le apareció
entre las llamas de una zarza ardiente.
Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas,
pero que no se consumía, así que pensó:
“¡Qué increíble! Voy a ver por qué no se consume la zarza”.
Cuando el Señor vio que Moisés se acercaba a mirar,
lo llamó desde la zarza:
—¡Moisés, Moisés!
—Aquí estoy —respondió.
—No te acerques más —le dijo Dios—.
Quítate las sandalias,
porque estás pisando tierra santa.
Yo soy el Dios de tu padre.
Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.
Al oír esto, Moisés se cubrió el rostro,
pues tuvo miedo de mirar a Dios. Éxodo 3:1-6*

El llamado divino a Moisés juega un papel preponderante en la literatura bíblica. Tanto desde la perspectiva teológica como histórica, la vocación liberadora de Moisés es un tema de gran importancia en toda la literatura bíblica. El Dios que se reveló al futuro libertador de los israelitas está muy seriamente comprometido con la justicia y ha demostrado de forma categórica que odia los cautiverios y rechaza las opresiones. Y esas características divinas se ponen en evidencia clara en las narraciones del Pentateuco.

El relato bíblico que presenta los detalles vocacionales de Moisés es extenso (Éx 3:1–4:17). Está muy bien redactado e incluye varios elementos teológicos que no deben subestimarse por su importancia en la historia nacional del pueblo de Israel. En la narración, la intriga es importante y los diálogos entre Dios y Moisés son reveladores.

El relato de vocación de Moisés se puede dividir en cuatro secciones básicas:

1. Dios se revela directamente a Moisés en el desierto, en una especie de acto de humillación y sobriedad: Éx 3:1-6.
2. Dios presenta a Moisés el plan divino de liberación, fundamentado en las necesidades y los clamores del pueblo: Éx 3:7-10.
3. Dios revela su nombre y naturaleza especial a Moisés, y confirma que lo acompañará es este singular peregrinar de liberación de los israelitas: Éx 3:11-22.
4. Y, finalmente, los textos bíblicos presentan las dificultades que Moisés tuvo que enfrentar para traducir la voluntad divina a la realidad de los israelitas: Éx 4:1-17.

Revelación divina

El contexto general de la revelación divina a Moisés es su trabajo de pastor en el desierto de Madián, que de acuerdo con el discurso de Esteban (Hch 7:30), fueron cuarenta años. Cumplía sus labores de manera habitual al atender las ovejas de su suegro, que en esta ocasión se identifica no como Reuel sino como Jetro (Éx 3:1). El cambio de nombre puede aludir a una segunda forma de identificar al personaje; algunos estudiosos indican que el cambio puede indicar que Reuel alude al líder del clan, que era el padre de Jetro, suegro de Moisés.

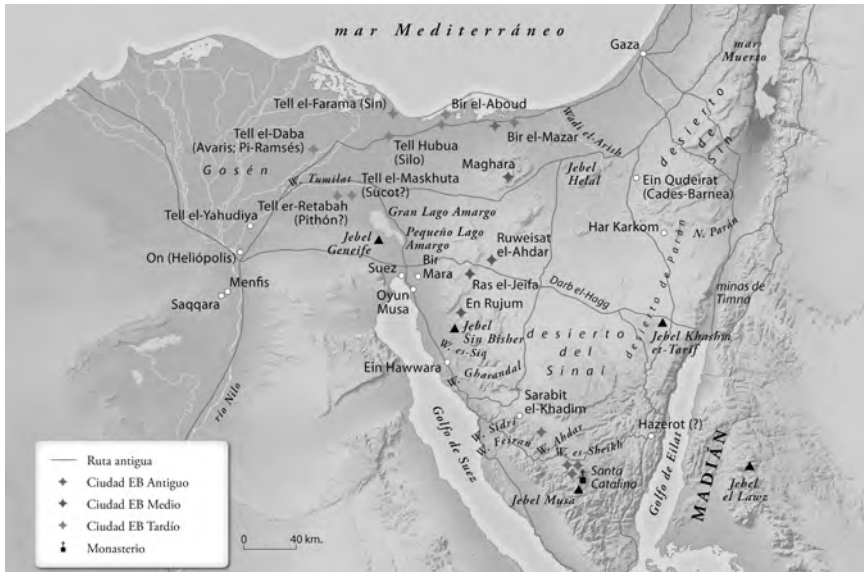
Moisés, en medio de sus responsabilidades, cruzó el desierto con las ovejas hasta llegar al monte Horeb, que adicionalmente se identifica en el texto bíblico como el monte de Dios. El monte Horeb, también conocido como Sinaí (o *Yebel Musa*, en la actualidad), se ubica en el sur de la península del Sinaí, en Egipto. Hay estudiosos que entienden, sin embargo, que el monte de la revelación está más al oeste, en un lugar que se conoce como el *Yebel Serbal* e, inclusive, no faltan los eruditos que piensan que el famoso lugar de la revelación divina a Moisés está en el noroeste de Arabia, al cruzar el mar Rojo.

La identificación del monte como “de Dios”, puede ser una referencia temprana de la importancia del lugar. No era un monte dedicado a

alguna divinidad local, sino asociado directamente con el Dios de Moisés y de la liberación. Posteriormente, el Sinaí fue el lugar donde Dios reveló la Ley, confirmando la importancia del nombre para los israelitas que estaban en proceso de liberación, como para el pueblo de Israel a través de la historia.

En medio de ese entorno desértico, se aparece un ángel del Señor en una llama de fuego desde una zarza, que era un arbusto pequeño, espinoso y frondoso común en el desierto del Sinaí. En las Sagradas Escrituras, el ángel es un enviado o mensajero de Dios que transmite alguna instrucción divina. En este caso específico de la revelación en el Sinaí, el ángel representa directamente a Dios, como se pone claramente de manifiesto cuando Moisés se acerca a la zarza para ver lo que sucedía (Éx 3:4; véase también, Gn 16:7).

La cercanía de Moisés a la zarza precipitó la conversación divino-humana. Dios mismo desde el fuego le dice a Moisés: no te acerques y descálzate, pues el lugar que pisas es santo (Éx 3:5). La voz divina orienta a Moisés en torno a la naturaleza del lugar, que era una especie de introducción a lo que iba a suceder. El lugar era santo, que es una forma de indicar que esa singular tierra donde estaban Moisés y la zarza era especial, pues estaba dedicada a Dios. El fuego es símbolo de la presencia de Dios



El Sinaí durante la Edad del Bronce.

en las Sagradas Escrituras (Gn 15:17; Éx 13:21; 14:20; 19:18; Dt 4:24; Hch 2:3; Heb 12:29). Y quitarse las sandalias era una manera de reconocer la impureza humana ante la santidad divina.

Desde la zarza, Dios llamó a Moisés en dos ocasiones: Moisés, Moisés (Éx 3:4), que era una manera bíblica de destacar la importancia del llamamiento y del llamado (Gn 22:11; 46:2; 1Sa 3:10; Hch 9:4). El Dios que se revelaba en la zarza conocía el nombre propio de Moisés, que en la cultura hebrea es representativo de la esencia misma de la persona. Es decir, quien se reveló a Moisés lo conocía muy bien; además, la referencia al nombre indica que quien lo conoce tiene poder sobre lo conocido.

Un componente importante al comienzo mismo del diálogo divino-humano es que el Dios de la revelación se identifica a Moisés como el Señor de los antepasados de los israelitas. ¡No es un nuevo Dios el que se revela! La voz divina indica: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. De esa manera, la narración bíblica une la revelación de Dios a Moisés, que tiene una finalidad liberadora, con el Dios de los patriarcas y matriarcas de Israel, que a su vez fue quien llamó a Abraham y a su parentela a salir de su territorio para llegar a la Tierra Prometida. El Dios que se revela a Moisés es el mismo que anteriormente había llamado a Abraham y a su familia. El Dios del pacto con Abraham, ahora se revela de forma extraordinaria como el Señor la liberación de los israelitas de Egipto, guiados por Moisés.

La respuesta del líder israelita responde a la cultura y las creencias de la época: se cubrió el rostro, para no morir. Y esa reacción espontánea de Moisés, se fundamenta en la creencia antigua que está presente en la Biblia (Éx 33:20; Is 6:5) de que nadie podía ver a Dios y vivir. Además, cubrirse el rostro es un acto de humildad y humillación ante Dios.

Un Dios que ve, escucha y libera

Una vez comienza el diálogo con Moisés, Dios presenta el propósito de la revelación y la naturaleza del llamado. El fundamento de la intervención del Señor es que ha visto la aflicción y los dolores de los israelitas; además, ha escuchado el clamor hondo que motiva la opresión de la administración del faraón de Egipto en la vida del pueblo. El texto original destaca el cautiverio, la pobreza y la miseria que vivía el pueblo. Y como respuesta al ver y escuchar, el Dios bíblico ha decidido intervenir y finalizar con esas relaciones arbitrarias de injusticia, opresión y cautiverio.

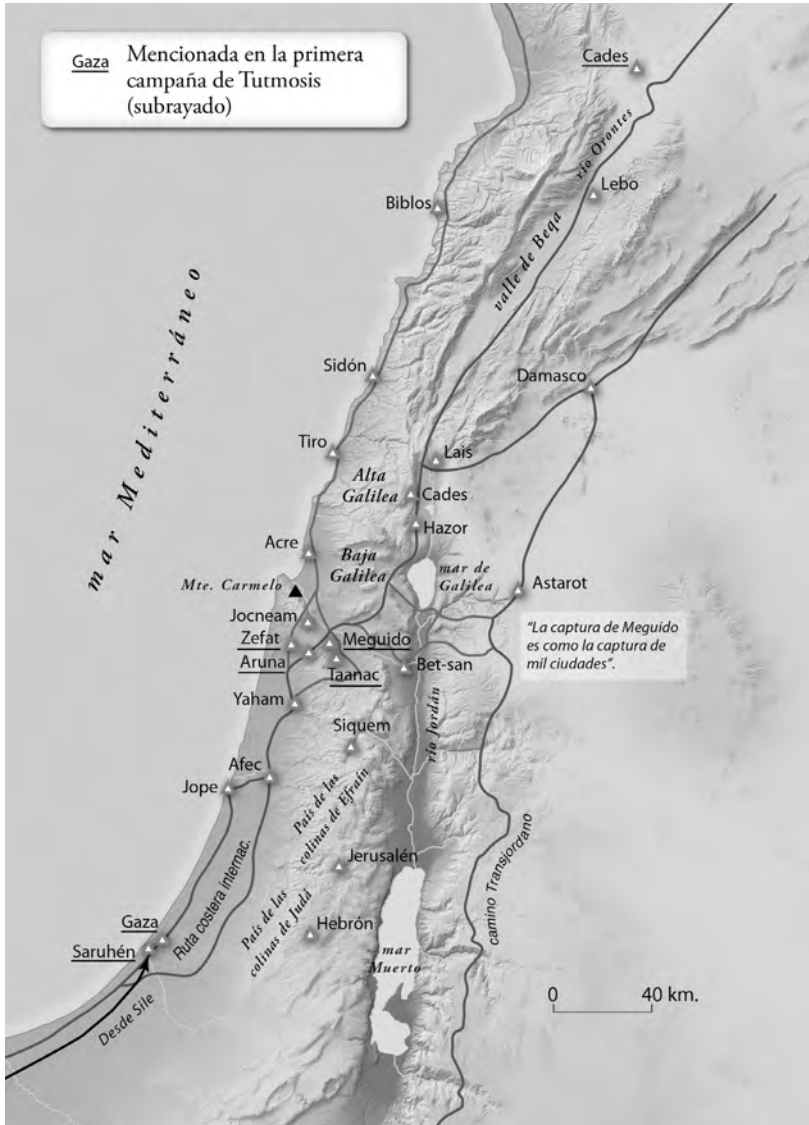
El Señor ha descendido para librar a los israelitas de las manos cautivantes de los egipcios. Desea sacarlos del cautiverio faraónico, para llevarlos a una buena tierra, descrita en esta narración por primera vez, y de forma proverbial, como “tierra que fluye leche y miel” (Nm 13:27; Dt 8:7-9). Esa expresión es una manera figurada de presentar la prosperidad futura de los israelitas, pues van a disfrutar la abundancia asociada al ganado y la agricultura.

En la revelación se añade un componente geográfico específico de esa singular Tierra Prometida: es el lugar de los cananeos, heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos, que eran los habitantes de la antigua Canaán. Y aunque la Tierra Prometida no era muy grande, comparada a Gosén, donde vivían oprimidos los israelitas, era un lugar extraordinario para vivir en libertad.

Los cananeos eran los habitantes de las llanuras cerca del mar Mediterráneo y el valle del río Jordán (Nm 13:29) que, de acuerdo con las narraciones bíblicas, estaban emparentados con los israelitas (Gn 9:18). Y Canaán, el nombre de la región, se asocia a un tipo de tinta que se producía en la región que se utilizaba en la producción de ropas costosas.

Los heteos, de extracción indoeuropea, establecieron un imperio en la actual Turquía, y con el tiempo llegaron a Siria y a Canaán. Los amorreos eran habitantes de Siria y el norte de la Palestina antigua, y el nombre proviene de la cultura mesopotámica donde los llamaban *amurru*, que significa occidentales. No se ha podido identificar con precisión a los ferezeos, aunque hay estudiosos que indican que el nombre alude a la forma de vida, pues no tenían muros para proteger sus villas (Dt 3:5; Est 9:19). Los heveos se establecieron en la Palestina central, cerca de Siquem (Gn 34:2; Jos 9:7; 11:19), y se relacionan con los antiguos horeos o hurrianos (Gn 36:2, 20). Y los jebuseos eran los habitantes de la antigua ciudad Jerusalén, en el monte Sión, antes que fuera conquistada por David (Jos 15:8, 63; 18:28; Jue 19:10-11; 2Sa 5:6-8).

En medio de ese diálogo significativo, el texto bíblico reitera el fundamento de la liberación que es doble: el clamor de los israelitas llegó ante la presencia del Señor; y la opresión a la cual los egipcios sometían al pueblo era insostenible y rechazada por Dios. La revelación en la zarza culmina con el llamado divino a Moisés: Dios mismo lo envía al faraón para sacar de las tierras de Egipto a los hijos de Israel, que constituían el pueblo del Señor. El mandato fue claro, firme y directo: preséntate ante el faraón y comienza el proceso de liberación del pueblo.



Campaña de Tutmosis III contra los cananeos (1457 a. C.).

Revelación del nombre divino

La respuesta de Moisés a la revelación y el llamado divino no fue positiva, ni entusiasta ni visionaria. Subestima su condición y capacidad para cumplir con esa encomienda. Pregunta quién era él para llegar ante el faraón y solicitar la salida de los israelitas de Egipto. La actitud de Moisés no solo

es de humildad, sino de declaración de impotencia. Afirma que no cree que pueda llevar a efecto esa labor compleja y atrevida. Revela su humanidad, manifiesta sus inseguridades.

Las objeciones de Moisés ponen en evidencia su trasfondo e inseguridades. Conocía las dinámicas políticas y administrativas de la corte faraónica y comprendía las complicaciones en las comunicaciones con el faraón. Además, Moisés estaba consciente de su trasfondo en Egipto y de las razones por las cuales debió salir de la vida cortesana y huir al desierto: ¡el asesinato de un capataz egipcio! ¡Moisés era un fugitivo de la justicia egipcia!

Posiblemente, en el corazón de Moisés se anidan otras objeciones de carácter ético, moral y espiritual. El temor a la respuesta del faraón y la preocupación en torno a cómo el pueblo israelita iba a recibir su liderazgo. Ante la crisis que manifiesta Moisés, Dios responde con sobriedad, paciencia y sabiduría, pero reiteró su voluntad y promete que lo acompañará en el proceso (Éx 3:12). Esa promesa de presencia divina fue el fundamento para que Moisés aceptara su vocación y reconociera el poder divino. Y la señal del acompañamiento divino será que el pueblo va a adorar a Dios en el monte de la revelación, Horeb o Sinaí.

El Moisés que vivió en Egipto era firme, temperamental y violento. Los años como pastor en el desierto lo enseñaron a ser prudente, paciente, sobrio y sabio. Su respuesta al llamado divino revela no solo inseguridad y preocupación, sino prudencia y madurez. La encomienda divina era complicada y difícil, y una respuesta impropia e inmadura no era necesaria.

La lectura sobria de las narraciones que introducen la vida de Moisés en la Biblia presenta un cuadro positivo de su potencial liberador. Conocía muy bien el idioma, la cultura, la administración, el sistema de justicia, entre otras dinámicas egipcias. Además, conocía muy bien el desierto, que sería su entorno de vida en los procesos de liberación. Desde la perspectiva teológica, estos detalles son muy importantes: Dios había preparado muy bien a Moisés para la tarea liberadora que le había encomendado tanto en la corte de Egipto como en el desierto de Madián.

La respuesta divina a las inquietudes de Moisés constituye uno de los pasajes bíblicos más importantes de la Biblia. Moisés estaba interesado en descubrir el nombre personal de Dios, pues entendía que el pueblo iba a preguntar. Y conocer ese nombre divino era determinante, pues en la

antigüedad hablar o actuar en nombre de alguien era asumir su representación y autoridad (1Sa 17:45; 1Re 21:8; Est 3:12; 8:8).

Moisés deseaba conocer el nombre propio de Dios, para presentarlo al pueblo como prueba irrefutable de que había sido llamado y que representaba a esa singular divinidad ante los israelitas. Ese conocimiento brindaba la autoridad moral, ética y espiritual para hablar ante el faraón y su corte, y también ante el pueblo. Esa revelación divina permitía a Moisés guiar a los israelitas al futuro de liberación que Dios tenía para ellos. La identificación del nombre propio de Dios, en efecto, era determinante para comenzar el peregrinar que llevaría a los israelitas a la Tierra Prometida.

Ante la insistencia y la preocupación de Moisés, Dios afirma que su nombre es “Yo soy el que soy” (Éx 3:14). Le indicó que dijera a los israelitas que “Yo soy” lo había llamado y comisionado para esa tan singular tarea.

El nombre divino revelado es difícil de comprender. La expresión hebrea *’ehyeh asher ehyer*, que tradicionalmente se ha traducido al castellano como “Yo soy el que soy”, puede ser entendida y vertida a otros idiomas de diversas formas. La intención divina al revelar este nombre puede indicar lo siguiente:

1. Es una forma de evadir la presentación del nombre de manera clara. Para algunos estudiosos era una manera de oscurecer el significado, que podría transmitir la idea de “no te incumbe saber quién soy”. Es un modo de indicar que nadie tiene el poder de comprender o controlar a Dios; es una forma de decir que la verdadera naturaleza divina es incomprensible para las personas. El Dios que se reveló a Moisés con esta respuesta quedará en el misterio.
2. Una segunda comprensión de “Yo soy el que soy” enfatiza la presencia activa de Dios. Como en hebreo las ideas de “estar” y “ser” se transmiten con el mismo verbo, la frase puede ser entendida como que Dios estará siempre con Moisés y el pueblo, que no se apartará nunca del lado de los israelitas y del libertador.
3. Hay estudiosos que entienden la frase como “Seré lo que seré”, que enfatiza el componente de la suficiencia divina para proceder con el plan de liberación del pueblo. Dios se revelará al pueblo en el instante oportuno, de acuerdo con su voluntad y no como un capricho humano.
4. Una forma adicional de comprender la frase que transmite la idea del nombre divino es afirmar que Dios causa la existencia. Desde esta perspectiva, se destaca el protagonismo divino en la creación

- del universo, que le permite manifestar ese poder en la liberación de los israelitas.
5. Finalmente, una alternativa adicional para la comprensión plena de la frase “Yo soy el que soy” es indicar “Yo seré lo que era”, que destaca la eternidad divina. Dios siempre será en el futuro lo que fue en el pasado, que transmite no solo la idea de eternidad, sino que afirma que hay un plan divino que no se cambia con los años: el Dios que se reveló a Moisés está seriamente comprometido con la liberación de los israelitas de las tierras egipcias y del control del faraón, y esa afirmación tiene implicaciones futuras para el pueblo de Dios.

La teología cristiana afirma, fundamentada en esa comprensión del nombre divino revelado a Moisés, que “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Heb 13:8).

Como la revelación del “Yo soy el que soy” no satisfizo plenamente a Moisés, Dios añade a la revelación su nombre propio que es para siempre, que se conoce como el tetragrámaton. El nombre incluye en cuatro consonantes (YHWH) que describen la esencia divina, pero cuya pronunciación es difícil de determinar con precisión por la falta de vocales.

Ese singular nombre, que se ha traducido históricamente como Jehová, Yahweh o Yahvé, proviene del verbo hebreo que transmite la idea de “ser”, que en tercera persona singular se puede presentar como “El que es”, pues transmite la idea de la esencia divina. Y en esta tradición, el propósito de la revelación es decirle a Moisés que “El que es”, es decir, el verdadero y eterno lo ha enviado ante el faraón para organizar los procesos de liberación de los israelitas.

Desde tiempos muy antiguos, el pueblo de Israel ha entendido que el nombre de Dios es tan santo que evitan pronunciarlo, para evadir la posibilidad de mencionar el nombre divino en vano. En las lecturas de la Biblia hebrea en voz alta, para pronunciar el nombre de Dios se sustituía el tetragrámaton por *Adonay*, que significa Señor, que la Septuaginta en griego presenta como *Kyrios* y la Vulgata en latín como *Dominus*. Los traductores medievales de la Biblia al castellano Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, al presentar el nombre divino, usaron las consonantes del tetragrámaton (YHWH) con las vocales de *Adonay* de donde sale la pronunciación y la grafía de Jehová.

Una vez que el asunto del nombre divino está superado, Dios le ordena a Moisés que se reúna con los ancianos del pueblo que eran los

líderes y los representantes de los israelitas, y comunique la revelación y la voluntad divina. En este relato es que se menciona por primera vez en la Biblia a los ancianos del pueblo como fuente de autoridad nacional (Nm 11:16). Yahvé o Jehová, que es el Dios de los patriarcas y las matriarcas de Israel, se reveló a Moisés para informarle que había visto lo que los egipcios hacían a los israelitas; y fundamentado en esa visita divina, decidió sacarlos de las tierras del faraón para llevarlos a Canaán que es “la tierra que fluye leche y miel” (Éx 3:17-22).

El verbo hebreo que se traduce como “visitar” (Éx 3:16), tiene dos implicaciones básicas en la Biblia. El primer sentido es positivo, pues se refiere al apoyo, el cuidado y los beneficios que el Señor da a su pueblo. Un segundo sentido es claramente negativo, pues se refiere al juicio y el castigo divino que es el resultado de la desobediencia a la voluntad de Dios.

En la revelación a Moisés, además, el Señor indica que llegue ante el faraón con la petición de ir tres días al desierto para presentar sacrificios. Sin embargo, Dios lo prepara para las reacciones negativas del faraón, que no les permitiría salir de Egipto de manera pacífica, sino por la fuerza. En ese proceso de diálogos y negociaciones, de acuerdo con la narración bíblica, Dios intervendrá haciendo maravillas para que el faraón permita la salida del pueblo. Además, de acuerdo con la revelación, el Señor pondrá gracia en los israelitas para que el pueblo egipcio los bendiga y los apoye con joyas y vestidos en el viaje de salida del dominio del faraón.

La referencia al apoyo de las mujeres a los israelitas como parte del proceso de éxodo de Egipto, más que una manifestación de misericordia o solidaridad era una especie de reconocimiento de los trabajos forzados y la opresión que habían vivido por años. Ese acto final, antes de la salida de las tierras del faraón, más que un despojo involuntario era una especie de retribución justa a las labores que llevaron a efecto por años.

Objeciones finales de Moisés antes de ir al faraón

Moisés volvió a preguntar:

—¿Y qué hago si no me creen ni me hacen caso?

¿Qué hago si me dicen:

“El Señor no se te ha aparecido”?

—¿Qué tienes en la mano? —preguntó el Señor.

—Una vara —respondió Moisés.
 —Tírala al suelo —ordenó el Señor.
 Moisés tiró la vara al suelo
 y esta se convirtió en una serpiente.
 Moisés trató de huir de ella,
 pero el Señor mandó a que la agarrara por la cola.
 En cuanto Moisés agarró la serpiente,
 esta se convirtió en una vara en sus propias manos. Éxodo 4:1-4

Antes de decidirse a llegar ante el faraón para anunciar la voluntad divina, Moisés presenta unas objeciones adicionales que no deben subestimarse. Posiblemente esa preocupación se fundamenta en su inseguridad, pues ya previamente los israelitas habían cuestionado su autoridad en el pueblo.

Para comprender esa actitud de Moisés, hay que recordar que pasó la primera etapa de su vida en Egipto. Por cuarenta años Moisés fue parte del sistema político y administrativo del faraón y, además, luego del asesinato del capataz egipcio y el cuestionamiento de los israelitas que estaban en disputa, vivió en el desierto de Madián como pastor otros cuarenta años, la segunda etapa de su vida. Ese distanciamiento de la comunidad israelita ahora estaba generando preocupaciones e inseguridades.

La objeción de Moisés se relaciona con la posible reacción adversa del pueblo, que era capaz de decir que Dios no se le había revelado. ¡No lo aceptarían! Le preocupaba la desobediencia posible de los israelitas, le inquietaba el rechazo potencial de su comunidad (Éx 4:1). Y ante esas serias preocupaciones, Dios brinda al futuro libertador de su pueblo, tres señales del acompañamiento divino.

La primera se trata de una vara que se convierte en serpiente y de la serpiente que posteriormente se transforma en vara (Éx 4:2-4); la segunda señal de la presencia divina al lado de Moisés y los israelitas es la mano en el pecho que salía con lepra, y que luego se sanaba al repetir el proceso (Éx 4:6-7); finalmente, la señal definitiva, si el pueblo aún dudaba de las credenciales de Moisés, era la transformación de las aguas del río en sangre (Éx 4:8-9).

Moisés prosigue con sus objeciones. Indica posteriormente que no tiene capacidad de oratoria, que es una persona con dificultad en la comunicación (Éx 4:10). Sin embargo, Dios rechaza esa percepción de sí mismo y le indica que él es el Señor creador, que tiene la capacidad de transformar su vida y hacerlo una persona elocuente.

Moisés prosiguió con su negativa y pidió a Dios que enviara a cualquier otra persona (Éx 4:13). Ese rechazo continuo, en efecto, enojó a Dios, que para superar el impase le indicó que Aarón serviría de intermediario en las comunicaciones (Éx 4:14-17). Añadió, para culminar el diálogo, que no olvidara la vara, que serviría en el momento oportuno para hacer señales.

Aarón es identificado en el relato bíblico como levita (Éx 4:14), no solo por pertenecer a la misma tribu de Moisés (Éx 2:1; 6:16-20), sino por sus responsabilidades como sacerdote. En este sentido, es importante señalar que una de las responsabilidades sacerdotales era enseñar al pueblo (Lv 10:11; Dt 33:10). Esas funciones pedagógicas presuponen capacidades para la comunicación clara y efectiva. Y quizá, las dificultades de comunicación de Moisés no eran físicas, sino lingüísticas, pues como no se había criado entre los israelitas, no necesariamente dominaba el idioma hebreo.